

Históricas Digital

Rodrigo Díaz Maldonado

“La ruta de la intervención:
el jardín de los senderos que se bifurcan”

p. 291-314

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas.

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

La ruta de la invención: el jardín de los senderos que se bifurcan*

RODRIGO DÍAZ MALDONADO
Programa de Posgrado en Historia, UNAM

Pocas veces —o nunca, si se trabaja con honestidad intelectual— se sabe de antemano en qué irá a parar una investigación, histórica o de cualquier otro tipo. Es por eso que las introducciones y los prólogos de los libros se escriben al final, aunque se coloquen al principio. Su función es, como su nombre lo indica, la de introducir al lector en la obra, aprovechando la perspectiva de ese primer lector que es el autor. La introducción de un libro es, quizá, la más inmediata de sus interpretaciones, su primera exégesis. No creo que sea casualidad, por lo tanto, que un escritor tan sutil como fue don Edmundo O’Gorman haya fechado la introducción a la primera edición del más famoso de sus libros de la siguiente manera: “San Ángel, 12 de octubre de 1957”. En consonancia con todo el contenido de la obra, aquí el 12 de octubre no marca el final de un feliz viaje de descubrimiento, sino el principio de un complicado proceso de invención, que no es otro que el de *La invención de América*.

Son muchas las razones que hacen de este libro una pieza indispensable dentro del panorama general de la historiografía mexicana del siglo XX, por no hablar de la historiografía de tema americano o colombino. En estos contextos, *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*¹ sobresale tan-

* Este estudio se refiere a la obra de Edmundo O’Gorman, *La invención de América. El universalismo de la cultura de Occidente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1958, 133 p. La primera edición apareció con ese subtítulo. Para el presente ensayo se utilizó la segunda edición, que es la versión definitiva de la obra: *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*, 2a. ed. aumentada y corregida, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, 195 p. Todas las citas, salvo que se indique otra cosa, corresponden a la primera reimpresión: México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1992, 193 p. (Lecturas Mexicanas, 63), el número de página se colocará entre paréntesis al final de cada cita, precedido de la abreviatura *Inv.*

¹ Pese a que no existen diferencias sustanciales entre las tesis centrales de ambas ediciones, son notables las diferencias en cuanto a contenido: “En efecto, no sólo se han incorporado un resumen de la historia y crítica de la idea del descubrimiento de América (primera parte) y una presentación del horizonte cultural que sirvió de fondo al proceso de invención de América (segunda parte), sino que se ha añadido una especulación final (cuarta parte) acerca de la estructura del ser americano y de su desarrollo histórico”. O’Gorman, “Prólogo a la segunda edición”, en *La invención...*, 1992, p. 10. El texto de la segunda edición corresponde exactamente

to por la novedad de sus hipótesis, como por la elegancia de su estilo y agudeza interpretativa. Pero también, y quizá esta sea la razón más importante, por la profundidad y alcance de su aliento filosófico. Me explico: todo libro de historia digno de ese nombre es —al mismo tiempo y a menudo sin saberlo o desearlo— una filosofía de la historia. Esta cualidad es especialmente notoria en el caso que ahora nos ocupa, pues *La invención de América*, además de ser un libro de historia de las ideas,² representa, en mi opinión, un esfuerzo consciente y dirigido para dar cuenta del proceso histórico en su conjunto, el cual no sólo incluye una parte muy amplia del pasado, sino que se extiende sobre el presente y el futuro, abarcando así la totalidad del tiempo. En resumidas cuentas, este ensayo pretende, por medio de una presentación sistemática, subrayar dicha característica de la obra de don Edmundo.

Ahora bien, es necesario comenzar por el principio y, para ello, nada mejor que una rápida revisión de la estructura lógica de la obra, misma que permitirá destacar, aunque sea de manera un poco esquemática, las ideas más importantes. Digamos, sin mayor trámite, que este libro de O'Gorman se divide en cuatro secciones principales ordenadas de la siguiente forma: en primer lugar, se intenta poner en evidencia lo profundamente inadecuada que resulta la idea del descubrimiento de América para explicar aquello que en realidad constituye un largo proceso de construcción ontológica, misión encomendada a la primera parte, que lleva por título "Historia y crítica de la idea del descubrimiento de América". La segunda parte, "El horizonte cultural", no desempeña un papel propiamente argumentativo dentro de la estructura de la obra. Al ser una "presentación del horizonte cultural que sirvió de fondo al proceso de la invención de América" (*Inv.*, p. 10), funciona como un soporte contextual para la tercera parte. Es, en pocas palabras, una sección útil y esclarecedora, mas su importancia, a diferencia de las otras secciones de la obra, no radica en ella misma.³ El siguiente paso de O'Gorman consiste en la sustitución de la idea del *descubrimiento* por la idea de *invención*, que él considera correcta pues sólo gracias a ella se consigue dar cuenta del proceso ontológico antes mencionado. Este cambio de perspectivas

a la edición en inglés de 1961, traducida por el propio O'Gorman, por lo cual la distancia cronológica que media entre la primera versión y la definitiva es de apenas tres años.

² Para una exposición muy completa de la estructura lógica con que Edmundo O'Gorman maneja la historia de las ideas, véase José Gaos, "Historia y ontología", en Juan A. Ortega y Medina (editor), *Ciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, 434 p., p. 19-39.

³ Prueba de esta afirmación es que, en la primera edición de la obra, no existe un apartado dedicado exclusivamente a la presentación del horizonte cultural, estando éste diluido a lo largo de todo el libro sin menoscabo de la argumentación en su conjunto.

tendrá lugar en la tercera parte, titulada “El proceso de la invención de América”, que consiste “en ver por qué, cuándo y cómo se concedió el ser o sentido de continente americano al conjunto de las regiones cuya existencia empezó a mostrar Colón en 1492” (*Inv.*, p. 57). Por último, una vez alcanzada la meta de la sección anterior, es decir, una vez que se ha mostrado cómo surgió y de qué forma se integró América en la conciencia histórica del mundo occidental, todavía está pendiente aclarar “cuál es la estructura del ser que, bajo ese nombre [América], le fue concedido a las nuevas tierras” (*Inv.*, p. 136). Obviamente, esta última tarea resulta monumental, por lo cual O’Gorman se limita a la exposición de sus “articulaciones esenciales”, dando lugar, de este modo, a la sección propiamente especulativa que cierra la obra “La estructura del ser de América y el sentido de la historia americana”.

Dicho lo anterior, encontramos que la obra se compone de tres proposiciones principales: la crítica a la idea del descubrimiento; la sustitución de ésta por la idea de invención y, por último, la especulación en torno al ser de América y el sentido de su historia. Tal es, en esencia, la estructura argumentativa del libro. Como veremos más adelante, cada una de las proposiciones mencionadas depende lógicamente de la anterior, y todas ellas dependen, a su vez, de una reformulación previa del conocimiento histórico, realizada por O’Gorman desde 1947, año de la publicación de una de sus obras más originales, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*.⁴ Asimismo, es posible adelantar aquí que la estructura argumentativa de la obra corresponde, en un plano más elevado, a una configuración del tiempo histórico dentro de la cual cada etapa representa una aprehensión distinta del ser de América en tres tiempos: pasada, presente y futura, respectivamente. Son, también, las tres etapas de un proceso dialéctico al estilo de Ortega y Gasset, que comienza en el plano de las creencias incuestionadas, se sumerge en el mar de dudas y termina por aferrarse a la tabla —salvadora sí, pero frágil— de la certeza relativa. Conviene, pues, revisar con más detalle los antecedentes y la trayectoria de estas ideas dentro de la propia producción historiográfica ogormaniana, con lo cual será posible definirlas y aclarar sus relaciones. Sin embargo, antes de abordar semejante empresa, es pertinente una aclaración adicional. No siendo el objeto del presente ensayo la reconstrucción exhaustiva de la trayectoria intelectual de Edmundo O’Gorman, sólo nos referiremos a otras de sus obras en la medida en que participan en la cimentación del libro que aquí nos ocupa.

⁴ Edmundo O’Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, XII-349 p. En adelante, las citas pertenecientes a esta obra se señalarán en el texto como *Crisis*, seguidas del número de página.

Como ya dijimos, la condición de posibilidad para las tres proposiciones mencionadas radica en una reformulación de la labor historiográfica que tuvo lugar en las páginas de *Crisis y porvenir*. En la primera parte de este libro, O’Gorman revisa los lineamientos generales de la historiografía existente sobre el descubrimiento de América, para concluir que, pese a la enorme cantidad de datos y hechos conocidos que hablan acerca del *cómo* del descubrimiento, prácticamente nada se sabe sobre *qué* es en sí dicho descubrimiento. Esta extraordinaria carencia no es, como podría pensarse a simple vista, un mal exclusivo de la historiografía colombina, pese a encontrarse especialmente afectada:

A toda la historiografía colombina moderna, por no remontarnos más atrás, digamos desde Washington Irving, habrá que señalarle, no sin reconocer el mérito de su erudición, aunque no siempre su buena fe, la falta de perspectivismo o historicismo, nombres intelectualizados y bastante feos para designar la conformidad, o sea la actitud generosa de comprenderlo todo para entender algo [*Crisis*, p. 12].

El problema, como puede verse fácilmente, no radica en el tema sino en el método. Es por eso que O’Gorman rápidamente abandona el análisis de la temática americana para centrar su atención en los métodos de la llamada historiografía tradicional o naturalista. Son muchos los argumentos que O’Gorman emplea en contra de este tipo de historiografía, pero lo que pesa más en el dictamen es la acusación de esencialismo, que aquí se entiende como la actitud, sumamente extraviada, de considerar al pasado como una cosa, como un objeto cuyo ser es estático y que se encuentra por completo separado de la única realidad radical, la vida humana. Esta “cosificación” del pasado, que O’Gorman atribuye —quizá con cierto grado de exageración—⁵ a Leopold von Ranke y a la Escuela Histórica Alemana en su intento por “elevar” a la historia a la categoría de ciencia, es la responsable de por lo menos dos de los malestares que agobian a la moderna historiografía, a saber: la separación de la historia y la filosofía y, como consecuencia, la absoluta ausencia de reflexión en lo tocante a sus fundamentos y premisas.

Siguiendo las enseñanzas de Martín Heidegger y de Ortega y Gasset, O’Gorman concluye que toda la historiografía postrankeiana no representa un auténtico conocimiento teórico o especulativo del pasado, pues su pretendida objetividad no es más que una fachada que oculta su verdadero sentido de preocupación práctica:

⁵ Vid. Álvaro Matute, “Introducción”, en Edmundo O’Gorman, *Historiología: teoría y práctica*, selección e introducción de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1999, XXXVIII-206 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 130).

Es más, como carece de responsabilidad, no comprende nada, se complace en dictar sentencias a guisa de verdades que nada nos dicen sobre la realidad del pasado; pero que, en cambio, por ser tan imparciales y desinteresadas, sirven a maravilla de instrumentos de dominio del hombre por el hombre, las más de las veces con fines brutales y particularistas [*Crisis*, p. 11].

Ante semejante ausencia de saber especulativo sobre el pasado, la solución no puede presentarse como una corrección o enmienda a la historiografía naturalista. Es necesario abandonarla por completo. Tan es así, que O'Gorman retoma el término de "historiología", acuñado por Ortega y Gasset, para designar a la que él considera como la genuina ciencia de la historia, llamada a reemplazar íntegramente a la historiografía.

Como cualquier otra ciencia, la historiología tiene su fundamento en un juicio *a priori*, pero no en aquel de la historiografía tradicional, que da lugar a una manera inauténtica —que no falsa— de comprender el pasado. La historiografía tradicional, según O'Gorman, parte de la premisa de que el pasado "no tiene ni puede tener ninguna influencia sobre nosotros", según célebre fórmula de Ranke; mientras que la historiología se basa en la afirmación de que "el pasado es algo que se refiere al hombre; que es nuestro" (*Crisis*, p. 193). Bajo esta nueva perspectiva, la historia deja de ser un objeto en todo similar a un cadáver, para convertirse en reflejo de la historicidad misma de la existencia humana que, en pocas palabras, no es más que la "aptitud o capacidad de engendrar historia" (*Crisis*, p. 207). La vieja historiografía es inauténtica en la medida en que, más que descubrir, oculta la historicidad esencial de la existencia humana (*Dasein*), que es histórica, pues su estructura ontológica es un despliegue temporal (pasado, presente y futuro), extenso pero a la vez unificado. De esta forma, "a medida que la existencia humana es, su historicidad segrega hechos (historicidad exteriorizada y plasmada) de los cuales sólo relativamente al hombre se puede decir que sean históricos. Eso es la historia" (*Crisis*, p. 207). En consecuencia, para O'Gorman como para Heidegger, la tarea de la genuina ciencia histórica "será mostrar la manera en que los hombres en el pasado ejercieron aquella capacidad, es decir, mostrar cómo se ha realizado efectivamente el ejercicio autónomo de la historicidad de la existencia humana que ha sido" (*Crisis*, p. 210). No otra cosa será la tercera parte de *La invención de América*. Sin embargo, esta misión no puede completarse sin antes definir qué se entiende por ejercicio autónomo de la historicidad y, para ello, son necesarios los conceptos heideggerianos de "herencia" y "repetición". La existencia auténtica —y el ejercicio autónomo de la historicidad que ella supone— será aquella que logre hacerse plenamente cargo de que el pasado es *su* herencia, que le es propio y constitutivo y que, por lo tanto,

“las posibilidades de existir están en buena parte condicionadas y señaladas por posibilidades anteriores elegidas” (*Crisis*, p. 211-212). Así, una vez que la existencia auténtica reconoce al pasado como herencia, es capaz de elegir libremente los ejemplos del pasado que le servirán de guía, es decir que las posibilidades que se le presenten no serán por completo novedosas, “algunas de ellas serán repeticiones de posibilidades anteriores” (*Crisis*, p. 214). En términos concretos, lo anterior añade una cláusula a la tarea del conocimiento histórico que, como ya se dijo, deberá, para ser tal conocimiento, ocuparse de mostrar las posibilidades reales elegidas en el pasado, pero ahora “distinguiendo entre ellas lo único y lo que se repite (libertad y herencia)” (*Crisis*, p. 217). Más adelante veremos la trascendencia de estas afirmaciones en relación con la última parte de *La invención de América*, que se nos presenta como una explicación —proyectada a futuro— del ser de América a partir de las posibilidades pasadas que lo constituyen.

Es posible que el resumen anterior sea juzgado como extremadamente pobre dada la gravedad filosófica de la que pretende dar cuenta. No obstante, me parece que, pese a su brevedad, es suficiente para permitir que el lector se haga de una idea aproximada de la amplitud del proyecto de trabajo que, bajo el nombre de historiología, emprenderá O’Gorman en sus obras posteriores. Aunque quizá sea necesario realizar muchos matices, como por ejemplo el abandono de la terminología heideggeriana, pienso que es válido afirmar que este proyecto constituye el esqueleto teórico de *La invención de América*. Pero explicar a satisfacción este punto reclama una inmersión más profunda en la obra, que permita mostrar cómo, en la práctica, nos es dado alcanzar un auténtico conocimiento teórico del pasado.

La historia inauténtica

El primer paso hacia la autenticidad que debe dar el historiador es, según O’Gorman, “la revisión de los supuestos de las proposiciones y juicios que le trasmite la tradición” (*Crisis*, p. 259). Si traducimos esto al campo de una de las mayores preocupaciones de nuestro autor, es decir, a la problemática del tema americano, podremos entender fácilmente la significación e importancia de *La idea del descubrimiento de América*,⁶ que es, sin lugar a dudas, una amplísima revisión de supuestos y juicios tras-

⁶ Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1951, 417 p. (Ediciones del IV Centenario v. 5).

mitidos. No debe pensarse, sin embargo, que a esto se reduce el mérito de la obra. Ciertamente, constituye un paso preparatorio e indispensable para poder abordar la cuestión sobre el ser de América en sí; pero, además, “tiene la significación de ser el primer intento, que sepamos, de elevar a tema de consideración expresa el proceso historiográfico, en cuanto tal, acerca del acontecimiento príncipe de lo americano”.⁷ Los resultados de esta consideración formarán, en versión sintética, la primera parte de la segunda edición de *La invención de América*, por lo cual resulta más conveniente estudiarlos tal y como se presentan en esta última obra, evitando así repeticiones innecesarias.

Lógicamente, lo primero que requiere revisión es el concepto mismo de descubrimiento. Descubrir algo, sostiene O’Gorman, no consiste única y exclusivamente en mostrar su existencia física. Claro que esto es importante, pero más importante es tener conciencia del ser de aquello que se descubre. Y esto porque el ser no es una esencia inmutable e inherente a las cosas, en cuyo caso revelar la existencia física de algo equivaldría, efectivamente, a revelar el ser de ese algo. No: existencia y ser no son sinónimos. Para O’Gorman, el ser es una atribución de significado que opera sobre cosas existentes. Es obvio que América, en cuanto masa de tierra, preexistía a Colón, ya *estaba ahí* si se nos permite la expresión. Pero América, en cuanto “cuarta parte” del mundo, es decir, América en su significado moral e histórico, no fue un descubrimiento de Colón por dos sencillas razones: primero, porque en ese sentido América simplemente no existía y, segundo, porque no fue Colón quien le concedió ese significado. Es más, si se entiende América en términos humanos y no meramente físicos, resulta que el término descubrimiento es por completo inoperante.

Asentado lo anterior, O’Gorman prosigue con la crítica a la tesis tradicional sobre el descubrimiento de América, que reza así: “al llegar Colón el 12 de octubre de 1492 a una pequeña isla que él creyó pertenecía a un archipiélago adyacente al Japón fue como descubrió a América” (*Inv.*, p. 15). Ésta es, de acuerdo con O’Gorman, la idea subyacente, la velada intimidad de toda la moderna historiografía sobre América. Sin embargo, continúa nuestro autor, es evidente que no se trata de la descripción de un acontecimiento llevado a cabo por Colón, sino de una interpretación *a priori* de dicho acontecimiento:

es claro, en efecto, que no es lo mismo llegar a una isla que se cree cercana al Japón que revelar la existencia de un continente del cual, por otra parte, nadie podía tener entonces ni la menor sospecha. En suma, se ve

⁷ *Ibid.*, p. 22.

que no se trata de lo que se sabe documentalmente que aconteció, sino de *una idea* acerca de lo que se sabe que aconteció [F. O., p. 16].

Y esta idea —o mejor aún, esta creencia— es bastante problemática en más de un sentido, pues, ya lo hemos visto, resulta difícil sostener que alguien sea capaz de descubrir algo que no existe dentro del universo de los entes descubribles; algo de lo cual jamás tuvo conciencia y que, además, lo haya descubierto por casualidad. Pero con lo dicho hasta ahora sólo se ha logrado poner en duda la noción tradicional, consagrada por los años, sobre el descubrimiento. Falta, para alcanzar el punto que permita suplantarla, demostrar que esta noción conduce, irremediablemente, al absurdo y, para ello, nada más apropiado que “reconstruir la historia, *no del descubrimiento de América, sino de la idea de que América fue descubierta, que no es lo mismo*” (*Inv.*, p. 17. Cursivas del autor). En otras palabras, falta contar cómo surgió y se desarrolló la historia inauténtica de América.

Para lo que ahora nos ocupa, no es necesario resumir o mencionar puntualmente todos los detalles de esta historia.⁸ Sobre todo porque, si bien los pormenores y la sucesión cronológica de los acontecimientos son importantes, lo que O’Gorman busca destacar aquí es el carácter de progresión lógica de las distintas interpretaciones del descubrimiento. El hilo que guiará esta historia será, por lo tanto, de naturaleza igualmente lógica. Es decir, O’Gorman establece los requisitos que permitirían hablar legítimamente de un descubrimiento y, posteriormente, averigua si cada una de las interpretaciones los cumple o no. Estos requisitos son dos: por parte del objeto, éste tiene que ser por completo desconocido, y, por parte del sujeto, éste tiene que alcanzar plena “conciencia del ser de eso cuya existencia se dice que reveló” (*Inv.*, p. 22). Veamos brevemente el desarrollo de estas pesquisas.

Antes de analizar los tres estadios principales de la tesis del descubrimiento, O’Gorman nos dice que el inicio de todo el proceso se localiza en la ocultación de las verdaderas intenciones de Colón (alcanzar Asia

⁸ El propio O’Gorman destacó, en un artículo posterior, los puntos que a continuación se señalan, por lo cual no creo que con esta presentación esquemática se ejerza violencia excesiva a su pensamiento. Véase el artículo “América”, en O’Gorman, *Historiología: teoría y práctica...*, p. 115-153. Sin embargo, me parece pertinente mencionar aquí a todos los autores de los que se ocupa O’Gorman. La primera etapa interpretativa se divide en tres intentos: Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara y Fernando Colón; un paso intermedio, iniciado por la obra de Bartolomé de las Casas, consistente en los sucesivos intentos por reconciliar la tesis de Fernando Colón con la nueva información provista por Las Casas, incluye a Antonio de Herrera, Pablo de la Concepción Beaumont y William Robertson. La segunda etapa está formada por Martín Fernández de Navarrete, Washington Irving y Alejandro von Humboldt. La tercera y última etapa está representada por la obra de Samuel Eliot Morison.

por la ruta de occidente), debida en un principio a la "leyenda del piloto anónimo", según la cual Colón tuvo conocimiento previo de la existencia de las nuevas tierras gracias a un informante anónimo, realizando, por lo tanto, su famoso viaje con la intención de descubrirlas. El punto es sustantivo porque, de haber permanecido siempre transparente el objetivo asiático de la empresa, ésta jamás habría podido ser interpretada como un viaje de descubrimiento. Aunque la leyenda del piloto anónimo en cuanto tal perdiera toda credibilidad más o menos pronto, sus efectos perduraron a lo largo de los siglos, pues una vez que quedó establecida la tesis del descubrimiento ya no fue posible abandonarla y se realizarían inauditos esfuerzos por sostenerla contra viento y marea.

La primera etapa del proceso se resume, según O'Gorman, en la obra de don Fernando Colón, quién básicamente sostiene que su renombrado padre nada sabía de América por medio de leyendas o habladurías, pero que, sin embargo, fue plenamente consciente de haberla descubierto puesto que había logrado inferir la presencia del continente a manera de hipótesis científica. La intencionalidad y la gloria del descubrimiento pertenecen, por lo tanto, exclusivamente a Colón. Queda a salvo, así, la consistencia lógica de la tesis, ya que se cumplen los dos requisitos del descubrimiento: América era por completo desconocida, y Colón fue plenamente consciente de que se trataba de un nuevo continente, a tal grado que partió en su búsqueda.

Poco a poco, la imagen anterior se fue desvaneciendo gracias a la nueva información provista por la obra del padre Las Casas, información que hizo imposible seguir ocultando el objetivo asiático del viaje. Ahora es en Alejandro von Humboldt donde encontramos el destilado histórico de la nueva interpretación, la cual afirma, al igual que en la etapa anterior, que Colón desconocía por completo la existencia de América. Pero también asegura, y es aquí donde notamos una diferencia sustancial, que Colón nunca fue consciente de haber topado con tierras hasta entonces desconocidas, pues el almirante pensó, hasta el final de sus días, que había alcanzado Asia. Si Colón no tuvo ni la intención ni la conciencia de haber descubierto nuevas tierras ¿cómo es posible que se siga hablando de su viaje como de un viaje de descubrimiento? Humboldt resuelve el problema, según O'Gorman, atribuyendo la intencionalidad del acto no a Colón, sino a un sujeto trascendente: la gran marcha de la Historia conducía, inevitablemente, al descubrimiento de América; Colón fue, por lo tanto, un instrumento, un medio del cual se valió la Historia en la prosecución de sus propios fines. De este modo quedan garantizados, a través de un artificio suprahistórico, los requisitos del descubrimiento: se sigue pensando que América era totalmente desconocida, y que, aunque Colón no fuese consciente de ella, sí lo fue la Historia, por decirlo de alguna manera.

Finalmente, O'Gorman nos presenta el momento de crisis en la concepción de la historia como un proceso único encaminado a fines específicos. Sin embargo, no se detiene a explicitar las razones del paulatino abandono de dicha concepción, limitándose a señalar una de sus consecuencias, aquella que afecta directamente al proceso analizado: con la crisis, la solución propuesta por Humboldt perdió toda eficacia. Entramos de lleno en el reino de lo empírico, donde toda interpretación debe sustentarse exclusivamente en los datos verificables contenidos en las fuentes. Se trata de la última etapa en el proceso interpretativo del descubrimiento, representada por la obra de Samuel Eliot Morison. Es ahora cuando O'Gorman puede mostrar con luz de mediodía la inconsistencia lógica de la tesis del descubrimiento, pues Morison, en estricto apego a las fuentes, afirma que Colón nada sabía de América; que su único objetivo era el de alcanzar Asia por la ruta del poniente; que si topó con América fue por casualidad y, por último, que nunca tuvo ni la menor idea de haber encontrado un nuevo continente. Y aún así, Morison sostiene que Colón descubrió América. El absurdo de la tesis es tan transparente que apenas requiere comentario. En esta interpretación se cumple, efectivamente, el requisito del desconocimiento de América por parte de Colón; pero, a diferencia de las tesis anteriores, no existe conciencia del descubrimiento, ni en Colón ni en la Historia. Es más, se plantea enfáticamente que Colón se mantuvo siempre en la creencia de haber arribado a costas asiáticas.

Todo acto —continúa O'Gorman— es por sí mismo carente de sentido; para que lo tenga es necesario postularle alguna intención o propósito. En la primera etapa del proceso, Colón tuvo la intención de realizar un viaje de descubrimiento. En la segunda, la intencionalidad del viaje radicaba en la historia. Como un acto sólo puede ser interpretado a partir del sujeto que lo realiza, del acto mismo o, finalmente, a partir del objeto del acto, y como ya se ensayaron las dos primeras posibilidades, es forzoso concluir que, en la tercera etapa, la intencionalidad del acto radica en el objeto, es decir, en América misma. Esto supone que un objeto inanimado es capaz de tener intenciones, disparate mayúsculo con el cual culmina el proceso interpretativo del descubrimiento, una vez agotadas sus posibilidades lógicas. ¿A qué se debe tan extraño resultado? O'Gorman aclara que no fue producto del engaño o de la confabulación, tampoco de algún tipo de incapacidad mental de los historiadores. El problema es mucho más profundo y difícil de extirpar. Tiene que ver con el esencialismo tan duramente criticado en *Crisis y porvenir*, y que ahora volvemos a ver en el tema americano:

el mal que está en la raíz de todo el proceso histórico de la idea del descubrimiento de América, consiste en que se ha supuesto que ese trozo de

materia cósmica que ahora conocemos como el continente americano ha sido eso desde siempre, cuando en realidad no lo ha sido sino a partir del momento en que se le concedió esa significación, y dejará de serlo el día en que, por algún cambio en la actual concepción del mundo, ya no se le conceda [*Inv.*, p. 49].

Hasta aquí con el análisis de la primera parte de *La invención de América*. Su objetivo se ha cumplido plenamente. No sólo se ha puesto en duda la idea del descubrimiento, sino que, contando la historia de las distintas interpretaciones que en ella se basan, se ha demostrado que no es una idea válida para explicar la aparición de América en la conciencia occidental. Sigue, por lo tanto, contar la historia auténtica, la que se basa en una ontología distinta que sabe que el ser no es, sino que va siendo. Sin embargo, romper definitivamente con todo el proceso interpretativo anterior equivaldría a traicionar el principio que reconoce que el pasado es parte constitutiva del ser del presente. Por lo tanto O’Gorman sitúa su propio intento al final del proceso, como el último eslabón de una larga cadena.⁹ De este modo, si se toma cada etapa como lo que es, como una manifestación de la filosofía de la historia en determinado momento histórico, encontramos el siguiente esquema:

- 1) Providencialismo: la intención de los actos humanos radica en Dios.
- 2) Humanismo trascendental: la intención radica en el sujeto.
- 3) Idealismo trascendental: la intención radica en los actos mismos, o sea en la Historia.
- 4) Materialismo trascendental: la intención radica en el objeto.
- 5) Humanismo histórico: la intención radica en el hombre, pero sin pretensiones de verdad absoluta [*Inv.*, primera parte, nota 57].

O’Gorman, por supuesto, abraza la última alternativa. Su concepción de la historia apunta, de esta forma, hacia una libertad humana esencial, sólo condicionada, ya lo vimos, por el propio obrar humano que, conforme va siendo, cancela unas pero abre otras posibilidades de ser. El hombre es, así, el único gestor de su destino. En consecuencia, *La invención de América* se desenvuelve, a partir de este punto, en una trama doble: la de la historia auténtica del ser de América que, en el plano de la filosofía de la historia, simboliza la liberación final del hombre. Pero no nos adelantemos, ya que falta todavía contar esa historia.

⁹ En palabras de O’Gorman: “Resulta, entonces, si se quiere, que nuestro intento puede considerarse como una etapa subsiguiente del mismo desarrollo, pero una etapa que, comprendiendo la crisis a que conduce el insensato empeño de mantener la idea del descubrimiento de América, lo abandona en busca de un nuevo concepto que aprehenda de un modo más adecuado la realidad de los hechos. Y ese concepto, podemos anticiparlo, es el de una América inventada, que no ya el de la vieja noción de una América descubierta” (*Inv.*, p. 54).

La historia auténtica

Según don José Ortega y Gasset, “El diagnóstico de una existencia humana —de un hombre, de un pueblo, de una época— tiene que comenzar filiendo el repertorio de sus convicciones. Son éstas el suelo de nuestra vida”.¹⁰ No de otro modo comienza O’Gorman la historia auténtica de América. La segunda parte de *La invención de América* es, precisamente, un escaparate de las creencias —viejas y nuevas— que convivían en Europa a finales del siglo XV. Si bien esta parte no es propiamente argumentativa, sin ella no es posible comprender cabalmente ni el primer viaje de Colón ni los acontecimientos que lo siguieron, y de ahí su importancia, puesto que “ni las cosas, ni los sucesos son algo en sí mismos, sino que su ser depende del sentido que se les conceda dentro del marco de referencia de la imagen que se tenga de la realidad en ese momento” (*Inv.*, p. 57).

A diferencia de las ideas, las creencias nunca forman sistemas, es más, por lo general se contradicen las unas a las otras, aunque no deje de existir algún tipo de jerarquización entre ellas. Dentro de este intrincado juego de convicciones y dudas, O’Gorman procuró destacar dos cosas, primero, que a pesar de que el sistema geocéntrico del Universo imperaba absolutamente en las postrimerías del siglo XV, existían varias posiciones respecto del tamaño del globo terráqueo y que, además, había dudas en torno a la extensión que de éste ocupaba la Isla de la Tierra. A estas circunstancias se debió que el proyecto de Colón fuera considerado factible y no una mera extravagancia. En efecto, aprovechando la duda reinante sobre estas materias, el almirante calculó como muy pequeña la circunferencia del globo y como muy grande la superficie de la Isla de la Tierra. El resultado, señala O’Gorman, es obvio: la distancia oceánica entre Europa y Asia se redujo enormemente. Por otra parte, tampoco estaba definida —ni podía estarlo— la forma de los litorales asiáticos, ya que existían varias teorías sobre el asunto. Esta indefinición es la que permite a O’Gorman explicar, en la siguiente parte de su obra, el sentido de los posteriores viajes de Colón y de las primerísimas interpretaciones de los mismos, que fueron algo así como pruebas o ensayos de las distintas teorías.

Lo anterior por el lado meramente geográfico de la ecuación. En el sentido espiritual, O’Gorman plantea que, para este momento, la cultura occidental había alcanzado una solución de compromiso entre la visión estática del mundo, propia de la Antigüedad clásica, y la concepción

¹⁰ José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*, 4a. ed., Madrid, Revista de Occidente, 1962, XII-156 p. (El Arquero), p. 4. Este libro influenció notablemente a O’Gorman, tanto en *Crisis y porvenir* como prácticamente en la totalidad de sus obras posteriores.

dinámica del mismo propuesta por el cristianismo. El concepto *mundo*, sirve aquí para designar no al globo terráqueo en su totalidad, ni al universo, sino al lugar que le corresponde al hombre dentro de esas dos esferas mayores:

La idea de universo es incluyente de la totalidad de cuanto existe; el concepto de globo terráqueo se refiere a nuestro planeta, pero en la época que vamos considerando se refería a la masa de materia cósmica más pesada, porque en ella prevalecía la esencia o elemento tierra. Ahora bien, el mundo no es, primariamente, ni lo uno ni lo otro. Es, ante todo, la morada cósmica del hombre, su casa o domicilio en el universo, antigua noción que los griegos significaron con el término de “*ecumene*”. El mundo, pues, ciertamente supone un sitio y cierta extensión, pero su rasgo definitorio es de índole espiritual [*Inv.*, p. 68].

Para la Antigüedad, el mundo comprendía, exclusivamente, la franja de la Isla de la Tierra situada en la zona templada, única habitable, que se hallaba limitada hacia el norte por el círculo ártico, hacia el sur por la zona tórrida inhabitable y hacia el levante y poniente por el océano. El hombre, dotado de una naturaleza única e invariable, no podía rebasar, so pena de muerte, esos límites precisos. El cristianismo, por su parte, introdujo la posibilidad de ensanchar indefinidamente los límites del mundo. Ésta es la significación última, para O’Gorman, de los mitos bíblicos de la expulsión del Paraíso y del Diluvio, en los cuales observamos el ingreso del hombre a la historia: el mundo resurgido de las aguas fue entregado al hombre para que, a su cuenta y riesgo, se posesionara de él: “ahora se trata de un mundo abierto, de un mundo concebido como posible de ser poseído y ampliado en la medida en que el hombre por su propio esfuerzo e ingenio le fuera imponiendo a la Tierra las condiciones requeridas para hacerla habitable” (*Inv.*, p. 71).

Ahora bien, ninguna de las dos concepciones anteriores prevalecía en estado puro. Ni había desaparecido la noción estática y esencialista, ni se había desarrollado plenamente en germen dinámico e histórico del cristianismo. Predominaba, eso sí, una especie de punto medio, “que sacrificó la idea dinámica del mundo implícita en el mito bíblico, pero, en cambio, rechazó el absolutismo de la antigua doctrina de la inhabitabilidad de ciertas zonas de la Tierra” (*Inv.*, p. 73). Éste es, en resumidas cuentas, el contexto que hará posible explicar la interpretación de América como “cuarta parte del mundo”, pues aunque el cristianismo planteaba una división tripartita cerrada, existía la posibilidad —presente desde el siglo IV d. C.— de extender el mundo hacia otras regiones hasta el momento ignotas.

Una vez establecido el marco de significación tanto geográfico como espiritual, se abre la puerta para ensayar un nuevo relato, un relato cons-

truido con base en las posibilidades reales del ser. Se trata de una interpretación que no se impone a la luz de acontecimientos posteriores, sino que parte de las circunstancias específicas que rodeaban a los agentes que, de ahora en adelante, llevarán el peso de las acciones. Y estos agentes serán hombres comunes, capaces de acertar pero también de errar, dotados de razón y de pasiones, de creencias y dudas. Es, en suma, la historia auténtica de América, la historia de su invención. Repitiendo la estructura de la primera parte de la obra, aquí las acciones e ideas analizadas por O'Gorman se presentan en la forma de un proceso, cuyo desarrollo se revisa a continuación.

La tercera parte de *La invención de América* es, en mi opinión, una de las más finas piezas de interpretación histórica producidas por nuestra historiografía. Como todo lo bueno, su estructura es, en el fondo, bastante simple. La trama se articula en torno a un puñado de actores bien definidos: Colón y Vespucio, la Corona y los intelectuales de la época. A cada acción corresponde una reacción, dando forma con este movimiento dialógico al entramado propuesto por O'Gorman. El ejercicio autónomo de la historicidad humana, que se revela al mostrar las posibilidades reales elegidas en el pasado, se representa y condensa aquí en la metáfora del arco y la flecha:

Más o menos debe verse así la situación: allí está, preñado de posibilidades ignotas, el proyecto de la empresa como una saeta en el arco tenso. Dos espectadores llenos de interés [Colón y la Corona] contemplan el suceso desde dos puntos de vista que en parte coinciden y en parte difieren. Cuando se haga el disparo se desatará el nudo de posibilidades, pero, necesariamente, los dos espectadores comprenden sus efectos de modos ligeramente distintos. Se entabla el diálogo y poco a poco, entre coincidencias y disidencias, ilusiones y desengaños, se irá perfilando una nueva y sorprendente versión del acontecimiento [*Inv.*, p. 82].

El primer personaje será, previsiblemente, Colón. Ahora sus acciones se interpretarán bajo la luz provista por el marco de significación ya establecido y no apelando al inasible concepto de genialidad, propio de la historiografía tradicional. En este punto, O'Gorman recurre nuevamente a las enseñanzas de Ortega y Gasset, pero ahora para dar cuenta no de una época y su ambiente cultural, sino de intenciones y acciones individuales. La clave se encuentra en el concepto de creencia.¹¹ Veamos, para ilustrar este punto, la interpretación que da O'Gorman del primer viaje de Colón.

¹¹ Vid. Ortega y Gasset, *Ideas y creencias*, 5a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, [c. 1955], 143 p. (Colección Austral, 151), *passim*.

Si en el universo intelectual de Colón América era un ente por completo imprevisible, es normal que optara por explicar las tierras halladas usando las herramientas que tenía más a la mano: si zarpó en busca de Asia, y topó con tierra en el lugar donde suponía que se encontraba Asia, esas tierras no podían ser sino asiáticas. Tal fue la convicción del almirante que elevó esta idea al rango de creencia. Conforme avanzaba en sus exploraciones, Colón amoldó los datos empíricos para ajustarlos a su creencia, de forma que cada nuevo paso, en lugar de minar, robustecía y confirmaba su fe. Colón poseía, pues, una creencia, y las creencias se caracterizan, entre otras cosas, por el hecho de que aquel que posea una no necesita confirmación de ningún tipo: las creencias están, por definición, más allá del reino de la duda.

Pero ni la Corona ni la *intelligentsia* de la época —los otros actores de esta “comedia de errores”, como se llamará un poco más adelante a todo el proceso— compartían la creencia de Colón. Sus reacciones se examinan por separado, comenzando por la Corona, que en un principio no se preocupó demasiado por el ser de las tierras halladas. Su actitud fue más bien práctica: asegurar política y jurídicamente cualquier beneficio que pudieran reportar los hallazgos del almirante. Para ello, sin embargo, era menester que definiera aquello que estaba reclamando para sí. La ambigüedad de la definición le da a O’Gorman suficientes motivos para asegurar que la Corona consideró la creencia de Colón como una mera hipótesis, probable, mas no confirmada. Por su parte, la opinión científica, representada primordialmente por Pedro Mártir, se mostró más decididamente escéptica, aunque no rechazó por completo la creencia de Colón. Los datos conocidos no concordaban con los nuevos datos empíricos aportados por el primer viaje, pero, como ya vimos, existía bastante indefinición a este respecto. Por ello, lo que bien pudo ser un rechazo se limitó a una duda, muy similar a la expresada por la opinión oficial.

En suma, tanto unos como otros solicitaban que Colón presentase pruebas de su creencia. Dichas pruebas, según inferencia de O’Gorman, debían mostrar dos cosas: primero, que las tierras encontradas no eran sólo un archipiélago, sino que eran adyacentes a una masa de tierra de proporciones continentales, y, segundo, que dicha masa fuese asiática, lo cual se demostraría toda vez que se descubriera el paso marítimo que conectaba el Atlántico con el Índico —usado por Marco Polo en su viaje de regreso a Europa—, ya que éste era el único dato más o menos aceptado por todos sobre la forma de los litorales de Asia. Son éstos los elementos que permitirán a O’Gorman explicar el sentido de los posteriores viajes de Colón, quien, aunque no estaba en condiciones de aportar prueba alguna —pues suya era la creencia—, zarpó de nuevo con la intención de acallar a los incrédulos.

Así termina el primer acto del drama. En suspenso, sin nada decidido para nadie. O'Gorman aprovecha la pausa para golpear nuevamente a la idea del descubrimiento: Colón fue y regresó de su primera travesía, se discutió el viaje y se tomaron medidas jurídicas y prácticas y, pese a todo, América no aparece por ningún lado. ¿Por qué? Porque América no existe todavía. Y, de hecho, no fue Colón el responsable de su invención. En sus siguientes viajes, el almirante procedió de igual manera que en el primero, es decir, ajustando los datos a su creencia. De tal forma que, si en algún momento cupo en él la duda, no fue, ciertamente, sobre la naturaleza asiática de sus hallazgos.¹²

Es oportuno recordar ahora que el objetivo de esta parte de la obra es el de "aclarar cómo surgió la idea de América en la conciencia de la Cultura de Occidente" (*Inv.*, p. 54), por lo cual la presentación que hace O'Gorman de los viajes de exploración —los de Colón y Vespucio incluidos— no es un fin en sí misma. Al igual que en la primera parte, en donde las diversas interpretaciones del descubrimiento sólo ilustran el proceso lógico de la historia inauténtica de América, conducente a la crisis de la idea del descubrimiento, aquí los viajes y sus resultados representan los distintos actos de una "aventura verdaderamente original y creadora" (*Inv.*, p. 80). Cada acto constituye un paso más hacia la crisis definitiva de la concepción tradicional del mundo, sin cuya desaparición o replanteamiento, como en el caso de la idea del descubrimiento, se hace imposible el surgimiento de una nueva idea.

¹² Un brevísimo resumen de los viajes de Colón, según los presenta O'Gorman, podría ayudar a esclarecer este punto: en su segundo viaje, Colón exploró los litorales de la Cuba, sin llegar a circunnavegar la isla. Dada su extensión, Colón se persuadió de haber encontrado una península y adujo esto como prueba de la naturaleza asiática de su hallazgo. Evidentemente, la prueba no era del todo satisfactoria. Además, el viaje resultó un completo fracaso por otros motivos: no se encontró oro ni joyas, el dulce clima tropical fue semillero de pestes y enfermedades, huracanes devastaron la flota y los en un principio bondadosos nativos resultaron más bien violentos. Nada más lejano, pues, de la idealizada concepción que de Asia se tenía en ese momento. Es por esto que la creencia seguía, para todos menos para Colón, en tela de juicio. En su tercer viaje, el almirante navegó hacia el sur, intentando —sin éxito por supuesto— localizar el famoso paso marítimo de Marco Polo. Encontró, en su lugar, una enorme extensión de tierra, hallazgo que lo desconcertó por completo. Salió del problema aduciendo que había encontrado el Paraíso Terrenal, que se encontraba no en medio del océano, sino adyacente a las costas meridionales de Asia. Es innecesario señalar el escepticismo con que fue recibida esta teoría. En su cuarto viaje, Colón intentó nuevamente encontrar el paso al Océano Índico, que suponía que se encontraba en algún punto inexplorado entre Cuba y el Paraíso Terrenal. Solamente pudo comprobar la continuidad de los litorales, por lo cual abandonó la idea del Paraíso Terrenal, optando por explicar la masa de tierra austral como perteneciente a una enorme península asiática (lo cual concuerda con otra de las teorías existentes en la época sobre la forma de los litorales de Asia). Esta última fue la imagen que Colón se llevó a la tumba. *Vid.* O'Gorman (*Inv.*, p. 97-122).

En términos concretos, lo anterior se refleja en la obra de la siguiente manera: a partir de determinado momento, el resultado de los viajes de exploración condujo a los protagonistas principales —Colón y Vesputio— a formular hipótesis similares en la forma, pero muy distintas en cuanto a sus implicaciones. Colón, nos dice O’Gorman, explicó la inmensa masa de tierra austral, localizada en su tercer viaje, primero como el Paraíso Terrenal —es decir, en términos geográficos, como territorio separado pero adyacente a las costas asiáticas— y, en un segundo momento, abandonó esta tesis para acoger la idea de que las tierras australes se encontraban unidas a la masa septentrional, formando una sola y enorme península asiática (véase nota 12). En ambos casos, Colón pretendía salvar su creencia de haber arribado al extremo oriental del *orbis terrarum*, manteniéndose así dentro de los límites precisos de la imagen tradicional que del mundo se tenía en su época. Vesputio, por su parte y al igual que Colón en un principio, también explicó las tierras australes como separadas de Asia, pero dejó abierta la posibilidad de que *no fueran* territorios adyacentes a las costas asiáticas. Se trataba, en pocas palabras, de un nuevo mundo ignorado por los antiguos y desconocido para los modernos. Si la masa austral se encontraba conectada con los territorios septentrionales, esto no quería decir que fuese asiática, sino que la masa septentrional tampoco lo era. De este modo, Vesputio, al concebir las tierras australes como un nuevo mundo “abrió la posibilidad, que la tesis de Colón no contenía, de concebir la totalidad de las tierras halladas de un modo que desborda el marco de las concepciones y premisas tradicionales” (*Inv.*, p. 128).

En este punto el camino de las posibilidades se bifurca de nuevo. Sin embargo, ahora la elección de la ruta es simple. La tesis de Colón no contenía futuro. Con ella se alcanzó el límite elástico de la concepción tradicional del mundo, pero sin llegar a romperlo. La figura de Colón, por lo tanto, ya no contribuye al desarrollo de la trama y O’Gorman, como todos los buenos escritores, se desembaraza del personaje infuncional: “Aquí nos despedimos de Colón como del héroe que, conduciendo la hueste a la victoria, cae a medio camino, porque si es cierto que sus ideas le sobrevivieron en muchos partidarios, no lo es menos que el sendero con promesa histórica era el que abrió Vesputio” (*Inv.*, p. 129). Esta muerte metafórica nos recuerda que, en el léxico de O’Gorman, de entre todos los entes que habitan el campo histórico, lo que importa son las posibilidades reales elegidas, es decir, las acciones, ideas o personajes que trascienden en virtud de su capacidad de engendrar nuevas posibilidades, pues en la historia “Todo es marcha, y resulta maravilloso comprobar cómo una situación que parece insoluble no es, en realidad, sino nuevo y vigoroso punto de partida hacia alguna meta imprevisible” (*Inv.*, p. 126).

El proceso de la invención toca a su fin. Las condiciones lógicas que permitirán superar a la imagen medieval del mundo ya están dadas. Sin embargo, O'Gorman señala dos pasos previos más. El primero de ellos puede ser visto fácilmente en un grupo de mapas¹³ realizados alrededor de 1502, que representaban a las nuevas tierras —australes y septentrionales— como dos grandes islas por completo separadas del *orbis terrarum*. Se trata del primer intento por explicar los hallazgos como entidades geográficas independientes. No obstante la obvia importancia de esta interpretación, resultó insuficiente puesto que se presenta, antes que nada, como una mera enmienda o corrección a la imagen tradicional del mundo, a la cual, por lo menos en apariencia, no pretendía alterar sustancialmente. Es decir, las restricciones religiosas de la época, como el dogma de la unidad fundamental del género humano, llevaron a sus autores no sólo a aceptar, sino a exagerar la supuesta separación entre ambas masas de tierra, lo cual les restaba importancia como entidades comparables con el *orbis terrarum*, pretendiendo con esto evadir, aunque sin mucho éxito, las objeciones evangélicas.

O'Gorman finalmente analiza el contenido de la famosa carta de Vesputio fechada en 1504, conocida como la *Lettera*. El análisis de este texto le permite extraer dos importantes conclusiones, primero, que Vesputio abandonó sus dudas anteriores, ahora concibiendo abiertamente al conjunto de las nuevas tierras como una sola entidad geográfica separada del *orbis terrarum*, en otras palabras, como una entidad independiente no asiática. Y segundo, que en esta ocasión Vesputio muestra una total indefinición con respecto a ser de esa entidad, sin decidirse por usar el término “nuevo mundo”, que ya había utilizado, y sin proponer ningún otro. Y esto por la sencilla razón de que la imagen tradicional del mundo ya no podía seguir estirándose para abarcar tanto dato empírico no contemplado. Vesputio lo comprendía, pero no pudo o no quiso hacerse plenamente cargo del verdadero problema: ya está ahí una nueva entidad que reclama un nombre, una palabra que la dote de individualidad y sentido. “Cuando esto acontezca —afirma O'Gorman— América habrá sido inventada [*Inv.*, p. 134].”

El momento culminante llega, pues, sin demasiado alborozo. Es, ni más ni menos, una consecuencia lógica. Pero no debe confundirse esto con ningún tipo de determinismo causal o teleológico, pues si alguno hay, es exclusivamente humano. Se trata, en efecto, de una consecuencia lógica, mas no producto de un destino inexorable —caprichoso por naturaleza— ni de una voluntad superior o divina, aunque el que así quiera

¹³ Se refiere O'Gorman a los mapas King-Hamy-Huntington, Kuntsmann II, Nicoló Ca-neiro y Alberto Cantino (*Inv.*, p. 130).

ver el proceso puede hacerlo, sino de las posibilidades reales libremente elegidas por los hombres. El resultado: una página y media bastan para que O’Gorman explique cómo, en la *Cosmographie introductio* y en el mapamundi de Waldseemüller destinado a ilustrarla —ambos documentos de 1507— se registra la aparición de una “cuarta parte” del mundo, parte que, a diferencia de las otras, afecta la forma de una isla y que, al haber sido así concebida por Vespucio, puede llevar el nombre de América. De este modo, la nueva entidad obtiene un nombre y un sentido, se llama América y es la cuarta parte del mundo.

Con lo anterior, O’Gorman da por terminado el relato de la historia auténtica de América. Se ha reconstruido la totalidad del proceso que permitió su surgimiento en la conciencia occidental. Pese a todas las confusiones y equívocos, las resistencias y los impulsos, la imagen tradicional del mundo se ha roto en definitiva para dejar su lugar a una nueva imagen, de cuya significación y estructura se ocupa O’Gorman en la última parte de su obra.

El ser de América

Recapitemos brevemente algo de lo que hasta ahora se ha mostrado, pero bajo una óptica diferente. Considerada como estructura verbal, esta obra de O’Gorman presenta algunas características verdaderamente notables. Encontramos, en primer lugar, que para O’Gorman las unidades básicas de significación histórica son las ideas, pero no las ideas en sí mismas o por sí mismas, sino en su calidad de posibilidades reales elegidas en el pasado. Éste es el nivel léxico de la obra. Consecuentemente, en el terreno gramatical o sintáctico, dichos componentes léxicos se relacionan entre sí según un sencillo planteamiento de lógica proposicional: la elección efectiva de una posibilidad cancela, definitivamente, a otras posibilidades simultáneas, al tiempo que abre nuevas posibilidades en el futuro. Ahora bien, este esquema es ciertamente mecanicista, lo cual, ya lo vimos, crea la ilusión de determinismo. Sin embargo, dicha imagen se desvanece tan pronto se considera la dimensión semántica de la obra. ¿Por qué? Porque la trama en su conjunto se resuelve en el triunfo de la libertad humana, trascendiendo así, por medio de la comedia, lo que de otro modo se presentaría como trágico, dado el carácter intrínsecamente fatalista de las relaciones mecánicas antes mencionadas. Sin embargo, la validez de este punto se encuentra condicionada al significado atribuido por O’Gorman al ser de América, significado que es tanto el motivo de la búsqueda como su conclusión semántica. Con esto en mente, revisemos ahora la última parte de la obra.

Sin abundar en los detalles, pues mucho de lo que habría que decir aquí ya fue mencionado cuando se tocó el tema del horizonte cultural, para O'Gorman la invención de América, en cuanto a su significado, se presenta dividida en dos vertientes, la geográfica y la moral. Por lo que respecta a la primera, se nos dice que América surgió a la conciencia occidental como "cuarta parte" del mundo, es decir, como una entidad separada del *orbis terrarum*, que sin embargo constituye una de sus partes. Dicho de otro modo, América compartía una misma naturaleza que Europa, Asia y África, pero sin dejar de ser un ente individual diferenciado. Fue inventada, pues, bajo la especie física de "continente", como algo hecho e inalterable. Pero esto significó, ni más ni menos, que el *orbis terrarum*, el mundo, dejó de ser un fragmento de la Isla de la Tierra graciosamente concedido al hombre por la divinidad. Lo anterior no sólo desmantelaba la antigua concepción, sino que, además, abría

la posibilidad de que el hombre comprendiera que en su mundo cabía toda la realidad universal de que fuera capaz de apoderarse para transformarla en casa y habitación propia; que el mundo, por consiguiente, no era algo dado y hecho, sino algo que el hombre conquista y hace y que, por lo tanto, le pertenece a título de propietario y amo [*Inv.*, 140].

Esta nueva posibilidad será la elegida. El hombre, finalmente, es capaz de romper las cadenas que él mismo se había forjado, para colocarse así en el centro de la realidad universal. El proceso de la invención de América no es, pues, un mero divertimento reductible a un pequeño grupo de intelectuales o viajeros. Por el contrario, en él se refleja la vida y el destino que asume para sí la cultura occidental. Pero esta hazaña de la libertad lleva en su interior la marca que la condición humana imprime a todas sus creaciones. Las nuevas posibilidades estarán condicionadas por las posibilidades elegidas, es decir, que si la invención geográfica de América produjo la conciencia en el hombre occidental de su poder y dominio sobre el mundo, la historia posterior se desarrollará bajo ese signo, el signo de la libertad.

Lo anterior se entiende cabalmente cuando O'Gorman aborda la vertiente moral o histórica de la invención de América. En este sentido, el hecho de que América fuera concebida como "cuarta parte" del mundo no implica que pudiera escapar de la tradicional jerarquización —presente desde la antigüedad grecorromana y reforzada por el cristianismo— establecida entre las distintas partes del mundo. Dicha diferenciación no depende, por lo menos en principio, de características geográficas o climáticas, sino que es de carácter eminentemente moral: Europa se encuentra en el vértice de la pirámide, por encima de Asia y África, porque es ahí

en donde la civilización ha rendido sus más caros frutos, amén de ser la sede de la única religión verdadera. Bajo esta óptica, Europa se convierte en el baremo del resto del mundo, en el principal y único “modelo dispensador de significación histórica” (*Inv.*, p. 150). América es integrada a este esquema, y el problema consiste en saber de qué forma y cuál es el papel que le corresponde. O’Gorman, en resumen, responde de la siguiente manera: las culturas prehispánicas con las que se toparon los europeos, no fueron, no podían ser, consideradas como un mundo moral autónomo, valioso por sí mismo, sino que fueron vistas, en el mejor de los casos, como formas de vida altamente complejas, pero sin capacidad de trascendencia por haber permanecido al margen de las verdades evangélicas. Del resultado de esta operación depende la estructura del ser moral de América:

La consecuencia de la reducción de esas culturas [las prehispánicas] a sólo la esfera propia de la sociedad natural fue que el ser *sui generis* que hoy se les aprecia quedó cancelado como carente de significación histórica “verdadera” y reducido a la nula posibilidad de recibir los valores de la cultura europea; a la posibilidad, en una palabra, de realizar en América otra Europa, y ése fue el ser, por consiguiente, con el que, en el orden moral, fue inventada aquélla [*Inv.*, p. 151].

Así, finalmente, O’Gorman ha sustituido por completo la idea del descubrimiento por la de invención. América, en cuanto a su ser histórico se refiere, ya no es más un ente surgido de la nada, esencial y perenne, modalidad del ser supuesta por la idea de descubrimiento. Es, por el contrario, una nueva posibilidad producto del “proceso inventivo de un ente hecho a imagen y semejanza de su inventor” (*Inv.*, p. 152). Con esta invención se cerró el camino de las civilizaciones prehispánicas, pero se abrieron dos nuevas posibilidades del ser. En este punto O’Gorman comienza a proyectar su explicación hacia el futuro, pues el proceso que analiza es abierto. América ha surgido, sí, pero su ser consiste en la posibilidad de actualizar el ser de Europa en nuevas tierras, de donde se sigue que de esta modalidad ontológica depende “la clave del sentido del acontecer histórico americano” (*Inv.*, p. 153). Las dos nuevas posibilidades serán, así, las dos formas de actualización del ser de Europa en suelo americano: por la vía de la imitación, o por el camino de la originalidad, las rutas escogidas por los mundos ibérico y anglosajón, respectivamente. La distinción de estos caminos le permite a O’Gorman no sólo explicar la presencia de esas entidades conocidas como las dos Américas, sino el sentido de su historia hasta el presente y, quizá, en el porvenir. Veamos brevemente la explicación que da O’Gorman a este respecto.

El camino elegido por España consistió en la importación de las formas de vida europeas (específicamente las ibéricas) a las nuevas tierras, con la intención, claro está, de perpetuarlas. España trajo consigo no sólo su catolicismo, sino sus instituciones, cultura y arte. El hecho de que ninguna de estas manifestaciones de la vida ibérica haya mantenido su pureza no altera, según O’Gorman, la naturaleza del intento: se pretendió adaptar las nuevas circunstancias al modelo preexistente. La historia colonial de América Latina adolece, por lo tanto, de una suerte de desajuste ontológico. Es una vida auténtica, sí, pero imitativa; rasgo de su ser que ni fenómenos tan complejos como las afirmaciones de identidad del criollismo lograron superar. La ruptura con España no significó, para O’Gorman, un paso hacia la autenticidad, pues la independencia política y económica no equivale a la independencia ontológica, “que presupone un desarrollo original y autónomo” (*Inv.*, p. 156). Por el contrario, la adopción de sistemas republicanos y democráticos fue sólo un cambio de modelo, “cosa bien distinta a dejar de tenerlo”. Fue, nuevamente, un proceso mimético, pero ahora en pos del modelo de la otra América, cuya modernidad y prosperidad se anhelaban.

Por su parte, la América anglosajona presenta a los ojos de O’Gorman un desarrollo por completo diferente. Ciertamente hubo un trasplante de creencias e instituciones, pero bajo una lógica distinta. Se trataba de una adaptación del modelo a las circunstancias y no al revés. Así, en muy poco tiempo, esta América se transformó no sólo en posibilidad de actualizar el ser de Europa, sino en esfuerzo por trascenderla, por realizar lo que en Europa era mera promesa, particularmente en el ámbito de las libertades políticas y religiosas. Así, en la América anglosajona, al elevarse como valores supremos la libertad personal y el trabajo, se generó no un “Nuevo Mundo” sino una Nueva Europa o “Euro-América” habitada por un nuevo tipo de hombre histórico capaz de llevar a cabo el proyecto universalista de la cultura occidental: el mundo como casa del hombre, la libertad que triunfa sobre la necesidad. De este modo,

así como el proceso inventivo del ser corporal de América puso en crisis el arcaico concepto insular del mundo geográfico, así, también, el proceso de la realización del ser espiritual de América puso en crisis el viejo concepto del mundo histórico como privativo del devenir europeo. Merced a esas dos contribuciones, principalmente ibérica, la primera, anglosajona la segunda, el hombre de Occidente se liberó de la antigua cárcel de su mundo insular y de la dependencia moral del europeocentrismo de la vieja jerarquía tripartita. En esas dos liberaciones de tan alto rango histórico se finca la grandeza de la invención de América, el doble paso, decisivo e irreversible, en el cumplimiento del programa ecuménico de la cultura de Occidente [*Inv.*, p. 159].

Conclusiones

Es probable que algunas de las afirmaciones de O'Gorman, sobre todo en la última parte de *La invención de América*, suenen, para la sensibilidad posmoderna, peligrosamente cercanas al idealismo hegeliano e incluso políticamente incorrectas. No caigamos en la tentación de esta salida fácil. Pero tampoco sigamos dócilmente a don Edmundo cuando nos dice que esta obra no pretende ser nada más allá que un "reporte científico". Este libro es una auténtica filosofía de la historia en el más pleno sentido, pues no sólo presupone un diseño y dirección de la historia en su conjunto, como lo hacen la mayoría de los libros de historia, sino que habla explícitamente de ese diseño. Sin embargo, no quiero producir la impresión de que estamos ante un planteamiento exclusivamente apriorístico. Para O'Gorman el significado de la historia, entendida ésta en su totalidad, constituye tanto un hallazgo como una construcción. Es hallazgo en la medida en que el pasado humano existe; construcción en virtud del ser mutable de ese pasado. La verdad histórica es, así, relativa a las circunstancias, mas no por ello menos verdadera, pues el pasado del que habla O'Gorman es, precisamente, nuestro pasado, entrañablemente propio y constitutivo del ser del hombre. Es por eso que, al final, la historia se nos presenta como un camino, si no de salvación, por lo menos de existencia auténtica, que ya es bastante.

Tal vez sea por todo lo anterior, es decir, por tratarse de una filosofía de la historia, que *La invención de América* tuvo, al momento de su publicación original y durante varios años, una recepción que difícilmente podría ser considerada entusiasta: no más de cinco reseñas y un par de críticas. Pese a que muchos la han leído, puede decirse que se trata de una obra rodeada por el silencio, salvo, claro está, valiosísimas excepciones. Muchos son, sin embargo, los que están dispuestos a citar, a la menor provocación, algún aforismo de los muchos que se pueden encontrar en los libros de O'Gorman.

Sólo me resta decir que se podrá estar o no de acuerdo con la explicación del sentido de la historia ofrecida por O'Gorman. Lo que no se puede hacer es tacharla de falaz o innecesaria. O'Gorman tuvo el valor de preguntarse sobre el sentido de la historia en su conjunto porque comprendía muy bien lo que esto implica. Sin una respuesta aunque sea parcial a esta pregunta no sólo es imposible escribir historia, sino que se arriesga algo mucho más importante: ¿seríamos capaces de soportar el peso de un pasado sin sentido?

